cados y de obras de campaña unidas por emboscadas. Esta línea, que partia de la obra de Morelos, pasaba por la garita de Amatlan, la iglesia de San Baltasar, la garita del mismo nombre, el molino de Guadalupe, Santa Bárbara, molino del Cristo y garita de Amozoc, construyéndose á la vez otra análoga por el Norte de Puebla, que debia prolongarse hasta circunvalar por completo la ciudad.

V.

El 1.º de Mayo por la mañana, la caballería mejicana hizo una salida, pero no pudo forzar las líneas francesas; y durante el mismo dia se cambiaron comunicaciones entre las tropas mejicanas y francesas, de calle á calle, y de manzana á manzana, acerca del enterramiento de los muertos y cange de prisioneros; de lo cual resultó una suspension de hostilidades que duró unas tres horas. Por la noche, el general Forey ordenó que se continuára la trinchera emprendida en la direccion de Santa Anita, y que se construyera á la altura de Santa Anita una batería, que tomó el número 11 de la série de la derecha.

Algunos dias antes de estos sucesos, Comonfort habia tomado fuertes posiciones á tres leguas de Puebla, en la direccion de Tlascála, procurando hacer entrar un convoy en la ciudad sitiada. Hacía tiempo que el general Forey seguia los movimientos de Comonfort, esperando encontrar ocasion favorable para atacarle vigorosamente. Las tropas del general mejicano habian permanecido hasta los primeros dias de Mayo diseminadas en varios puntos, entre Puebla y San Martin por un lado, y Puebla y Tlascála por el otro; pero el 5 de Mayo se declaró un movimiento contradictorio del cuerpo mejicano, y su caballería avanzó hasta San Pablo del Monte, con el objeto sin duda de tantear el terreno. La intencion de Comonfort era evidentemente romper la línea de circunvalacion de los franceses, para abastecer la plaza, cuyos defensores hicieron el mismo dia una salida que no tuvo éxito, y tenderles la mano. Entónces el general mejicano, sin abandonar el camino de Tlascála, frente á San Pablo, estendió su derecha á la llanura de San Lorenzo, donde se fortificó, esperando acaso apoderarse de las alturas del Cerro de la Cruz, distraer desde allí la atencion de los sitiadores, y ver si de este modo conseguia introducir víveres en Puebla.

Comonfort pasó el dia 7 conbinando mejor sus planes, y atrincherándose en la llanura de San Lorenzo. Meditaba un golpe decisivo, que la perspicacia de Forey supo desbaratar. Comunicó sus instrucciones al general Bazaine, y éste, al frente de las fuerzas que dejamos indicadas, dejó el campamento á la una de la madrugada del 8, siguió el camino de Méjico con el mayor silencio hasta la altura de San Lorenzo, y torciendo á la derecha, llegó al amanecer á la vista de la posicion enemiga. Todo salió á medida de su deseo; y sin más incidente que el encuentro de algun vigía, á las cinco se escalonaban las tropas francesas por batallones en columna, precedidas de la artillería y la caballería; y toda la division, con el ala izquierda delante, cayó sobre las trincheras construidas alrededor de la iglesia de San Lorenzo.

Aunque sorprendidos los mejicanos por lo brusco é impensado del ataque, tuvieron tiempo de correr á las armas, empezando un nutrido fuego de artillería á la distancia de 1.200 metros. La artillería francesa contestó, y toda la línea al paso de carga se precipitó con irresistible arranque al grito de *¡Viva el emperador!* La posicion fué tomada, á pesar de la resistencia desesperada de los soldados mejicanos, muchos de los cuales sucumbieron en las puntas de las bayonetas francesas. Los restantes se desbandaron tratando de huir por el vado de Panzacola y el barranco de Atoyac; pero la metralla de los cañones franceses, la caballería del general Mirandol y la del general Marquez, los dispersó hasta Santa Inés, donde el último, viendo á los mejicanos en completa derrota, cesó de ir á sus alcances. En esta refriega, los mejicanos perdieron unos dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, ocho cañones rayados, veinte carros y unas doscientas mulas; y entre los prisioneros se contaban 25 oficiales de todas graduaciones.

VI.

Alentados los franceses con la derrota de Comonfort, redoblaron sus esfuerzos; pero cambiando el plan de operaciones. La esperiencia les habia demostrado la inutilidad de sus ataques contra las manzanas de casas, donde se estrellaban contra obstáculos superiores á toda prevision, y sufrian graves pérdidas sin ningun útil resultado. El general Forey decidió concentrar todas sus fuerzas sobre los fuertes del Cármen y el de Totimehuacan. Resistieron los sitiados con indecible vigor este doble ataque, durante cinco dias consecutivos. En la madrugada del 16, siete baterías de la série de la derecha, que se habian puesto la noche anterior, rompieron un fuego imponente sobre el frente de ataque de Totimehuacan, al mismo tiempo que las baterías auxiliares de la derecha dirijian sus proyectiles sobre el Cármen, y las seis baterías de la izquierda vomitaban bombas y granadas sobre la ciudad.

Los sitiados contestaron con inusitado vigor en las primeras horas del dia; pero abrasados por un fuego convergente y bien dirijido, acabaron por no contestar sino muy débilmente.

El fuego se prosiguió de una y otra parte hasta la tarde, en que los sitiados pidieron parlamento; y el general Mendoza se presentó en el campamento francés, con los poderes necesarios para tratar de un armisticio y para establecer verbalmente las bases de una capitulacion. El general Forey rehusó suspender las hostilidades, declarando que si habia lugar á ello, se podria tratar combatiendo. Estrechado el general Mendoza á esplicarse sobre la capitulacion que pedia, propuso que se dejára salir de la plaza á la guarnicion con armas y bagajes, una parte de su artillería de campaña, los honores de la guerra, y autorizarla para retirarse á Méjico. El general francés rechazó tales pretensiones, y respondió que las únicas condiciones admisibles serían que la guarnicion saliera con los honores de la guerra, desfilando delante del ejército francés, deponiendo sus armas, y constituyéndose en prisionera de guerra.

No siendo ya posible seguir defendiendo la plaza por la falta de comunicaciones y de víveres, el general Ortega disolvió el ejército que tenía á sus órdenes, mandó que se rompiera ó inutilizára todo el armamento, inclusos los cañones, y dirijió un oficio al general Forey avisándole que la plaza quedaba á sus órdenes. En su consecuencia, en la madrugada del 17 el general Forey envió un jefe de estado mayor, con un batallon de cazadores de infantería, para tomar las primeras medidas que exijia la ocupacion de la ciudad. Durante el dia fueron ocupados por las tropas francesas todos los fuertes; se principió á destruir las barricadas; se enviaron médicos para examinar los establecimientos, bajo el punto de vista de la salubridad; y se procedió al inventario del material y de las escasas provisiones dejadas por los mejicanos; y el dia 19 de Mayo hizo su entrada solemne el general Forey en Puebla, acompañado de todo su estado mayor, y de una columna compuesta de fracciones de diversas armas.

Los resultados de la toma de Puebla fueron considerables, pues segun el parte del general Forey, quedaron en su poder 26 generales, 225 oficiales superiores, 800 oficiales subalternos, 16.000 prisioneros, 150 piezas de artillería en buen estado, armas y municiones en bastante cantidad. En su relacion oficial, negó el general francés que la plaza se rindiera por falta de víveres y municiones; y señala como el verdadero motivo que hizo cesar la resistencia, la derrota y dispersion de Comonfort el 8 de Mayo, con lo cual la guarnicion perdió toda esperanza de ser socorrida ó abastecida.

«Por otra parte, — añade, — los sitiados, viéndonos atacar por el Oeste, habian acumulado allí todos los medios de defensa, descuidando la parte oriental; y cuando se dirijieron todos nuestros esfuerzos por este lado, no se disimularon que el asalto de Totimehuacan sería seguido de la toma de la ciudad.» Pero en contra de las aseveraciones de Forey, que tenía un vivo interés en realzar el esplendor de su victoria, ahí están las comunicaciones del general Ortega y del cuartel-maestre Mendoza, que no lo debian tener en ocultar lo que pasaba en la plaza. Concíbese bien que carecieran de víveres y municiones al cabo de dos meses de rigoroso bloqueo, durante cuyo tiempo estuvieron incomunicados con la capital. El convoy que les llevaba Comonfort, cayó en poder de Bazaine, con lo cual perdieron toda esperanza de ser socorridos. Aun así, aun des-

pues del combate de San Lorenzo, los defensores de Puebla se resistieron heróicamente más de diez dias; de donde resulta que la plaza se entregó, no por falta de valor de los sitiados, sino por la imposibilidad completa de continuar la resistencia, careciendo de víveres y de municiones.

A la vista tenemos dos testimonios que comprueban este aserto, ensalzando al propio tiempo el heroismo de los sitiados: uno está tomado de un periódico; el otro es una comunicacion del ministro de la Guerra de la República. El *Eco de Veracruz*, periódico adicto á la intervencion, decia á los pocos dias de haberse entregado Puebla: «No es exácto que los franceses encontráran en Puebla municiones ni armamento alguno. Segun nuestro corresponsal, la falta de víveres en la plaza era absoluta; los fusiles, armados en pabellon, habian sido quemados, y estaban clavados todos los cañones que habian servido para la defensa.» La carta del ministro de la Guerra, contestando al parte en que el general Ortega le daba cuenta de que habia entregado la plaza, decia así:

«Ministerio de Guerra y Marina.—Seccion 1.ª—Se ha impuesto el ciudadano presidente constitucional del oficio de V. dirijido al general en jefe del ejército francés, para comunicarle que no siéndole ya posible seguir defendiendo la plaza de Puebla de Zaragoza por la falta de municiones y de víveres, habia disuelto el ejército que estaba bajo su inmediato mando y roto su armamento con la artillería toda, por cuyo motivo podia mandar ocupar la mencionada plaza, que desde luego quedaba á sus órdenes.

»Tambien se ha impuesto de la resolucion tomada por V. de entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales; por lo que, así como por las disposiciones dictadas, manifiesta que, sin embargo de tener la creencia de haber cumplido con sus deberes, con gusto se sujetará á un juicio, tan luego como quede en libertad, si así lo determináre el supremo Gobierno.

»El presidente ha estado observando con profundo interés, todos y cada uno de los sucesos que han tenido lugar durante la gloriosa defensa de la plaza, y vé con orgullo que el último que ha puesto fin á la tenaz y vigorosa lucha emprendida, corresponde á los anteriores, si no en sus victoriosos resultados, sí porque él deja bien puesto el decoro de la nacion, sin empañar en nada el lustre de sus armas no vencidas, ni comprometer con oferta alguna la palabra sagrada de sus guerreros.

»Está, pues, satisfecho el ciudadano presidente de la conducta de V. y de los generales, jefes, oficiales y tropa que compusieron el inmortal ejército de Oriente, y así me ordena que se lo manifieste, como tengo el honor de hacerlo en este oficio, añadiéndole que el modo con que ha desaparecido ese benemérito ejército, confirma que ha sido acreedor á los votos y á las felicitaciones que el soberano Congreso y el supremo Gobierno le han dirijido á nombre de la nacion que representan.

»Libertad y Reforma. Méjico, 22 de Mayo de 1863.—Blanco.—Ciudadano general J. Gonzalez Ortega.—Puebla de Zaragoza.»

El dia 20 de Mayo los oficiales prisioneros, superiores y subalternos, igualmente que 2.000 soldados mejicanos, salieron de Puebla, los primeros con direccion á Veracruz con destino á Francia, y los segundos hácia Córdoba, para ser empleados en las obras públicas. En cuanto á los generales (1), todos fueron trasladados á Orizaba; pero antes de hacerlos salir de Puebla, Forey les hizo grandes instancias para que firmáran la promesa de permanecer neutrales mientras durase la guerra, y todos unánimemente volvieron á negarse á contraer el menor compromiso, dando á una voz entusiastas vivas á la República. El 27, seis de los generales mejicanos prisioneros lograron evadirse, á favor de disfraces que les habian proporcionado mercaderes autorizados para venderles comestibles; tales fueron, Ortega, Lallave, Pinzon, Patoni, García y Prieto (2).

(1) Eran: Gonzalez Ortega, Berriozábal, Alatorre, Lallave, García, Huerta, Mejía, Mora, Hinojosa, Patoni, Colombres, Gayoso, Osorio, Pinzon, La Madrid, Prieto, Mendoza y Porfirio Diaz.

(2) La evasion de Gonzalez Ortega, si ha de creerse lo que refiere éste en la carta que escribió al general Forey, desde San Luis de Potosí, se verificó con circunstancias y peripecias que la dan un interés novelesco. «Marchaba al destino que me disteis, —escribia Ortega á Forey,—abatido, pero resignado. Un ángel á quien me unió el cielo, y que postrado ante el altar rogaba por mi vida, se lanza en busca mia, me sorprende y me ruega que le siga; llora, agota todos los recursos de su amor para seducirme; el honor (tal cual lo veia entónces), me dá fuerzas para resistirme. De pronto aquella sublime mujer, inspirada, improvisa un medio inconcebible: sus criados me sujetan y arrebatan á un carruaje; pasmado yo de resolucion tan inusitada como heróica, me entrego á la Providencia y me dejo llevar á pelear por Méjico. Teneis corazon, general; poned la mano sobre él y lo sentireis latir violentamente á la triple idea de esposa, patria y libertad. Fío en vuestro criterio é hidalguía: he faltado á mi palabra, es verdad; pero esta falta, vuestro país la ha santificado dos veces, aclamando una al prófugo de Elba, y ciñendo otra la diadema imperial en la cabeza del presidente del 2 de Diciembre.»

CONCLUSION.

Hemos seguido con palpitante interés las alternativas de la heróica defensa de Puebla, y nuestro corazon ha latido más de una vez con entusiasmo al recordar que los que de tal manera peleaban, eran los hijos de aquellos que desde nuestras playas llevaron al país de los aztecas su civilizacion y su actividad. La impopularidad de la guerra, quedó suficientemente demostrada con la resistencia de aquella ciudad heróica. El pueblo que se juzgaba envilecido y cobarde, incapaz de resistir y defenderse, se levantaba pujante, valeroso, formidable. Donde sólo se creia encontrar miserables *leperos*, enervados por el ócio y embrutecidos por el vicio, se vieron brotar legiones de soldados como los que defendieron á Puebla, y generales como Gonzalez Ortega y Porfirio Diaz, que no se rindieron sino cuando juzgaron que el resistir era una locura.

Bajo el punto de vista militar, la empresa de Luis Napoleon contra la República de Méjico parecia ya terminada, puesto que al fin la suerte de las armas le habia favorecido con una victoria, más ruidosa por lo tenaz de la resistencia, que importante por los resultados ulteriores. La rendicion de Puebla debia poner en manos de los franceses la misma capital; pero se equivocaron grandemente los que, enloquecidos con el júbilo del triunfo, creyeron que todo estaba ya concluido, que la República quedaba destruida, y dominado todo el territorio mejicano. La pérdida de Puebla fué un accidente de guerra, mas nó un golpe decisivo: lo hubiera sido para firmar la paz, nó para subyugar á la nacion. Méjico rendido, no era más que otra ciudad rendida; Méjico nacion existia, y no se rindió.

En el nuevo período que empieza desde la entrada de los franceses en Méjico, veremos cómo, léjos de disminuir, aumentaron las dificultades de la guerra, y cómo Francia se vió obligada á continuar vertiendo en aquellas apartadas regiones la sangre de sus mejores soldados. Desde San Luis de Potosí, desde Monterey, desde Matamoros, desde cualquier punto en que se encontraba Juarez, halló este insigne presidente, en su perseverancia y en su patriotismo, medios para prolongar la resistencia, frases elocuentes para enardecer el entusiasmo de los mejicanos. Rehaciéndose pronto del desastre de Puebla, puso en accion las guerrillas, que engrosadas primero hasta formar bandas numerosas, y aumentadas éstas hasta componer respetables cuerpos de ejército, unos dias vencidos, otros vencedores, pero jamás desalentados, no cejaron hasta acorralar al mismo Maximiliano dentro de los muros de Querétaro.

Francia tuvo que luchar ante todo con la nacion entera, con la resistencia sistemática y eterna; con una guerra de esas que no abren de una vez una profunda y ancha herida, sino de las que desangran insensible y lentamente; con esa hostilidad pasiva que puede oponer siempre un pueblo á un ejército estranjero, hasta que cansada de sostener sobre sus hombros tan pesada carga, abandonó á sus propias fuerzas el nunca afirmado imperio del infortunado archiduque austriaco, que levantado sobre frágiles cimientos, debia caer desplomado en Querétaro.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.